

improvisados torniquetes no lograban detener la sangre. El botiquín más cercano estaba en Buitrago. Toquero comprendió que no había tiempo que perder, la cogió en brazos y salió a la carretera, dando el alto al primer coche que pasó. Rosario, a causa de la pérdida de sangre se había desvanecido.

En Buitrago le practicaron una cura de urgencia trasladándola en ambulancia al hospital de sangre de la Cruz Roja del pueblo de La Cabrera. Allí permaneció tres días en estado muy grave. Luego recordaría: «La explosión fue tan violenta que no notaba el dolor de mi mano arrancada, sólo quería dormir»⁶.

Aquel accidente causó mucho revuelo y de todas partes se interesaban por ella. Francisco Galán reclamaba el parte médico dos veces al día. Hasta don José Ortega y Gasset fue a visitarla en dos ocasiones, con su secretario. El mismo filósofo se lo comunicó personalmente al padre de Rosario. La primera reacción de Andrés fue: «Tengo cinco hijos. Si todos perdieran la mano por lo que la perdió ésta, bien perdida está». La gesta la cantaría Miguel Hernández, Comisario de Cultura de la Primera Brigada Móvil de Choque, en el romance «Rosario, dinamitera»:

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie, al mirarla, creyera
que había en su corazón
una desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa,
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición del rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano, porque de ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendió la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.

⁶ *Entrevista con Rosario Sánchez Mora. Madrid, 5-6-1990.*

⁷ El poema «Rosario, dinamitera», pasó a formar parte, sin variantes, del libro de Miguel Hernández, *Viento del Pueblo, «Socorro Rojo»*, Madrid, 1937.

⁸ *Romance de Rufino Sánchez, soldado de la 4.ª Compañía. Avanzando, Órgano de la 41.ª Brigada Mixta, n.º 17, 1-11-1937. Reproducido en El Romancero del Ejército Popular. Recopilación, estudio introductorio y notas de Antonio Ramos-Gascón. Ed. Nuestra Cultura, Madrid, 1978, págs. 86-87.*

⁹ Carmen Alcalde La mujer en la Guerra Civil española. Ediciones Cambio 16, Madrid, 1978, págs. 86-87.

¹⁰ «Romance de Lina Odena», de Lorenzo Varela. Salud, Órgano del Regimiento 1.º de Mayo de los Carabancheles, n.º 22, 22-10-1936. Existen numerosos romances dedicados a Lina Odena.

¹¹ Ayuda, n.º 39, 23-1-1937. Recogido por Juan Cano Ballesta y Robert Marrast en Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados. Libros Hiperion. Edt. Ayuso, Madrid, 1977, págs. 107-112.

Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores⁷.

Otros nombres de milicianas se harían legendarios y nutrirían el rico venero del romancero del Ejército Popular. Uno de los primeros fue el de la capitana Francisca Solano, caída en el frente de Guadarrama, el 26 de julio de 1936.

Encarnación Jiménez, lavandera malagueña, acusada de ayudar y lavar la ropa de los milicianos heridos, fue sentenciada a muerte por un Consejo de Guerra. Para las gentes de la zona sur del territorio republicano se convirtió en una nueva Mariana de Pineda:

¡Ay, Encarnación Jiménez...
Malagueña humilde y proba!
Te mataron, te mataron,
fieras que a mi España asolan,
¡¡¡Porque a los pobres heridos
tú les lavabas la ropa!!!⁸.

Jacinta Pérez Álvarez, miliciana del «Batallón de Acero», herida de muerte, gritaba a sus compañeros: «¡Avanzad, seguid adelante, es sólo un mareo, yo os sigo enseguida»⁹.

Lina Odena, la profesora de Rosario, destacada dirigente comunista catalana, caía en el frente granadino de Iznalloz. Tras resistir hasta agotar las municiones, con la última bala se quitó la vida, antes de caer en manos del enemigo. Lorenzo Varela, en *El Mono Azul*, cantó su gesta:

...por allá va Lina Odena
por donde nunca fue antes.
Va camino de la muerte,
va dirigiendo el avance...¹⁰.

La imagen de la mujer luchando en las trincheras junto al hombre, era la viva estampa de la revolución. De ahí que la muerte de las milicianas trascendiera el sentir popular hasta convertirlas en heroínas del pueblo; porque cada una de ellas simbolizaba a cientos de mujeres anónimas caídas en los frentes y en la retaguardia y algo esencial: igualarse en valor con el hombre.

El mismo Miguel Hernández, en una de sus colaboraciones en el periódico de guerra *Ayuda*, hace las semblanzas de: *El Campesino*; José Aliaga; *Chocolate* (chófer de *El Campesino*); Rosario, *dinamitera*; Felisa Moreno, (secretaria de *El Campesino*); Cándón, (brigadista cubano) y de Manuel Moral (conductor), encuadra la página bajo el título: «Hombres de la Primera Brigada de Choque»¹¹

Mutilada de guerra

Superada la gravedad, trasladaron a Rosario al Hospital Central de la Cruz Roja de Madrid. Dos semanas más tarde le daban de alta, ingresando en un improvisado hospital de convalecientes instalado en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Ciudad Universitaria. Pero a las pocas semanas se veían obligados a evacuar los pabellones, ante el avance de las tropas enemigas. Rosario, con la herida fresca, quiso reincorporarse a su unidad, prescindiendo del descanso prescrito. La buena alimentación, su carácter animoso, y sus 17 años, le permitían desafiar los inconvenientes del brazo vendado y el muñón que, durante seis meses, debía seguir curando, en los hospitales y botiquines más próximos. Su unidad se hallaba dispersa. Se había convertido en la 10.^a Brigada Mixta¹², y Rosario se incorporó a los servicios auxiliares del Comisariado, en Alcalá de Henares. Allí permaneció unos meses, hasta que la Plana Mayor y el Comisariado de la Brigada se trasladaron a Madrid, a la calle O'Donnell, ya que eran tantos los voluntarios que acudían, que se estaban formando dos brigadas, la 101 y la 209. «Una de ellas —nos cuenta Rosario— en Caldeiro, y la otra en la Ciudad Lineal. La sección de muleros, en Canillejas, y la otra Brigada en el “manicomio” de Alcalá de Henares».

Ella fue destinada a la Plana Mayor de la División, donde le confiaron la centralita telefónica. La miliciana, por disciplina, acepta trabajar en la retaguardia; pero, en realidad, lo que ella quiere es estar en el frente, y así lo asevera un testigo como Miguel Hernández en un escrito de aquellos días: «No puede estar quieta, inactiva. Es más útil, con la sola mano que le queda, que muchos hombres con dos y con fusil. Se pelea con *El Campesino* porque no la deja acercarse a las trincheras, donde ella quisiera andar metida a todas horas»¹³.

¡Qué bien describe el poeta la moral combativa de Rosario! ¿Y cómo veía la miliciana al poeta? «Era una persona seria, pero dulce —nos dice—. Un hombre que sabía tratar de igual a igual a una mujer, pero siempre dentro de un respeto. Era muy comprensivo, amigo de todo el mundo. Su vida particular era muy pacífica, no tenía amoríos»¹⁴.

Una de las alegrías de Rosario fue ser reconocida por un tribunal médico y obtener el certificado de mutilado, como cualquier soldado, con una pensión mensual de 310 pesetas. Aquello significaba el reconocimiento de la labor desempeñada por la mujer en el Ejército Republicano.

Tras el trabajo de telefonista, a Rosario la hicieron responsable del Centro de Convalecencia «El Hogar del Soldado», de la 46.^a División. Estaba en Fresno de Torote, pueblecito cerca de Alcalá de Henares, instalado en un palacio que llamaban del Marqués. Rosario compartía el trabajo con el capitán médico Luis Varela. Pedro Mateo Merino, comandante de Milicias, que visitó el centro para ver a sus soldados, habla en sus *Memorias* de la labor de Rosario: «Visitamos a los heridos convalecientes de la Brigada, entre ellos a muchos del 4.^o Batallón. Alojados en el antiguo palacio del

¹² Otros destacamentos de esta brigada guardaban línea en la Ciudad Lineal, en el cuartel de jóvenes huérfanos de la Armada y en Alcalá de Henares estaban el grueso de las tropas y el Estado Mayor.

¹³ Miguel Hernández, «Hombres de la Primera Brigada Móvil de Choque». Ayuda, n.º 39, 23-1-1937. Reproducido por Juan Cano Ballesta y Robert Marrast, op. cit., pág. 110.

¹⁴ Miguel Hernández en el artículo «El reposo del soldado», exhortaba a los milicianos con estas pautas: «No abusará ni de la bebida ni de su condición masculina. Será abundante en el sueño; breve y poco asiduo en frecuentar la compañera; escaso en el tabaco. Cuidará su cuerpo como el arma combativa que es, y las habitaciones limpias, el aire, el sol, y el libro que agudice sus conocimientos y sus astucias para combatir serán, y muy particularmente, la atmósfera en que se desenvuelva... Hemos de pasar muchas calamidades y privaciones a lo largo de esta guerra en que nos han metido...». Al Ataque, n.º 4, 30-1-1937. Órgano de la 46 División «Campesino». Reproducido por Juan Cano Ballesta y Robert Marrast, op. cit., pág. 116.

Marqués, disfrutaban de excelentes condiciones para su restablecimiento, especialmente en orden a la higiene, como a la alimentación y a la asistencia médica. Directora del centro era Rosario Sánchez Mora («La Chacha»), una joven heroica, veterana luchadora de Somosierra, inválida de guerra, una mujer llena de valor y entereza, que había sabido crear una institución modelo al servicio de los combatientes»¹⁵.

Responsable de cartería

A primeros de julio, durante la batalla de Brunete, a Rosario la nombraron jefa de cartería de la División. Para desempeñar su cargo le extendieron un pase para circular por la zona de guerra y un permiso de porte de arma corta.

«Mi trabajo consistía —explica— en salir de Madrid, todos los días a las 8 de la mañana, desde el Paseo del Prado, n.º 18, con un coche de 7 plazas negro, repleto de sacas de correspondencia, incluido todo tipo de publicaciones y paquetes familiares para los soldados. Yo tenía 18 años recién cumplidos y la suficiente sensatez para pensar que aquello era de mucha responsabilidad para mí. Me lo pensé bien y llegué a la conclusión de que lo que debía rechazar eran los giros. Y entonces nombraron para ello a un compañero de unos 30 años, muy culto, que se llamaba Fita. Así que para este trabajo éramos tres personas: Fita para los giros, Valentín, el chófer (un hombre de unos 40 años) y yo, como responsable del grupo»¹⁶.

«Todos los días —me sigue explicando— al llegar al sector de Quijorna, en la carretera, debajo de un puente, me encontraba con los carteros de las Brigadas, entregando a cada uno las sacas que les correspondían, que habían preparado nuestras compañeras de Madrid. Teníamos que llevar a las Planas Mayores de la 46 División, y a sus respectivos Comisarios, toda la documentación que les era destinada. Uno de los destinatarios, el de Servicios, era Eloy Castellanos, quizá el más joven de todos los jefes, lo que no le impedía comportarse como un hombre maduro y responsable. Lo llamaban «el niño», por su edad; *El Campesino* lo quería mucho y los internacionistas cubanos, Pablo de la Torriente y Policarpo Candón, también»¹⁷.

«Siguiendo con la batalla de Brunete, recuerdo con gran cariño a la 101 Brigada, cuna de héroes. Esta unidad la mandaba el Comandante Pedro Mateo Merino, un antiguo compañero de armas de Somosierra, hombre de una moral intachable, cuyo valor y gallardía demostró mil veces. Después de Brunete seguiría distinguiéndose en la batalla de Teruel y en la del Segre; y luego en la del Ebro, donde ostentaba el mando de la 35 División, la de los Internacionales, y donde se le concedieron las medallas al valor y de la libertad, por méritos de guerra, y fue ascendido a Teniente Coronel».

De su testimonio es fácil deducir que Rosario era un elemento polivalente; además de la cartería se ocupaba de la sanidad, el municionamiento y la intendencia. Estas tareas le acarrearán a menudo riesgos suplementarios. Los accidentes que vadeó, que por fortuna no tuvieron consecuencias irreparables, demuestran que la miliciana era

¹⁵ Pedro Mateo Merino. Por vuestra libertad y la mía. Edt. Disenso. Madrid, 1986, pág. 121.

¹⁶ Rosario Sánchez Mora. Testimonio escrito.

¹⁷ El Batallón Especial del Quinto Regimiento lo mandaba el cubano Alberto Sánchez Méndez. En sus filas luchaban otros cubanos, entre ellos el periodista Pablo de la Torriente Brau, que cayó en combate en el frente de la Sierra, el pintor Wifredo Lam y el universitario Policarpo Candón. Ver: Las Brigadas Inaternaciones, de Andreu Castells, Edt. Ariel. Barcelona, 1973, pág. 41.